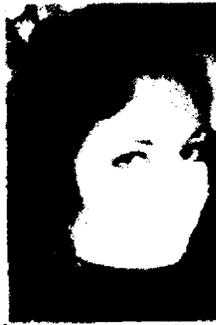


## Evocación de Rodolfo Puiggrós

El periodismo ha perdido tres de sus hombres. A Genaro Carnero Checa nunca lo conocí, aunque, desde lejos, admiré su tarea de agrupar a los periodistas progresistas de América Latina. Con Mario Zapata apenas crucé algunas palabras en uno de los desayunos de trabajo de *El Día*.



A Rodolfo Puiggrós, en cambio, lo traté un poco más. Primero porque, nombrado como sinodal en un examen a título de suficiencia que tuve que presentar para conseguir mi ingreso a la carrera de economía, Puiggrós me recibió con memorable generosidad y se ofreció para darme unas clases particulares que sirvieran para prepararme en la materia. De ahí, cálido como era, surgieron otras invitaciones para mí y mi hermana Carmen, eh las que en Villa Roma, un restaurante de la colonia Juárez, nos convidaba pizza, el platillo que por vía de los obreros inmigrantes se convirtió en la comida nacional argentina, acompañada de un buen vino. En esa época, frivola como era, disponía de un coche sport en el que el maestro Puiggrós debía ovillarse para caber en el estrecho compartimiento.

Durante aquel examen, ante de las invitaciones, sucedió algo sorprendente. Uno de los sinodales, de quien por otra parte no guardo mala memoria, me señaló como lectura obligatoria y cuando faltaban escasos 15 días para el examen, nada menos que cincuenta libros. Mi velocidad de lectura, que en esos días descubrí era de 30 páginas por hora, apenas me permitió leer quince libros en quince días; pero, en cambio, el nerviosismo caminó más aceleradamente. Puiggrós, que, desde que se enteró de petición tan trasnochada del otro sinodal, había manifestado su desaprobación, se presentó al examen y después de asistir las cuatro horas de preguntas de la parte oral, se ofreció para que, durante el examen escrito, él fuera el encargado de observar que yo no copiara. Los otros sinodales estuvieron de acuerdo y nos dejaron solos. Enseguida, Puiggrós, en un intento de remediar el abuso del otro sinodal, me dictó las respuestas de todo el examen, con lo cual hice gala de sabiduría. La mala fe del otro sinodal se comprobó cuando calificó el examen, respondió en realidad por Puiggrós como no aprobatorio. Como, natu-

ralmente, Puiggrós, le había otorgado la más alta calificación, el promedio me permitió ingresar a estudiar economía.

Esa generosidad y esa inclinación natural a la justicia, manifestadas hasta en los más nimios actos, eran dos de sus características. Admirables, estas dos, sin embargo, no eran sus mejores cualidades. El rasgo de mayor valor era su combatividad a toda prueba. Dotado de una inteligencia clara y creativa, de una cultura no especializada sino abierta a la economía, la historia o, el arte, Puiggrós las ponía al servicio de la batalla cotidiana. Integran de la dirección del Movimiento Peronista Montonero, que ha sostenido la resistencia a la dictadura militar Argentina, Puiggrós dedicó su vida entera a la revolución. Recuerdo que, cuando las fuerzas gobiernistas mataron a su hijo que era un oficial montonero, Carlos Calvo Zapata, entonces director de la página de *El Día* en la que colaboraba Puiggrós, me contó que el maestro, profundamente afectado, avisó que no colaboraría durante ocho días. Al término, se reincorporó al trabajo sin comentar la pérdida, sino con la fuerza de un militante que sabe lo que arriesga en la revolución y que el valor tiene que demostrarse en las pruebas más dolorosas.

Su trabajo al frente del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino, aquí, en México, no descuidaba el apoyo a las luchas de América Latina. La última vez que lo vi, fue precisamente en una ceremonia en honor de Marcelo Quiroga Santa Cruz y el pueblo boliviano. En esa reunión, Puiggrós leyó un texto en el que se sumaban el análisis y el empuje revolucionario. Al terminar, como también disponía de sentido del humor, me recordó aquellos viajes por la ciudad de México en mi coche sport. Autor de 37 obras, Puiggrós creía en la necesidad de combinar la praxis con la creación de la teoría revolucionaria. Desgraciadamente, la mayoría de sus obras están agotadas y no es fácil el acceso a su lectura. Pero estas ediciones siempre repetidas y siempre agotadas, demuestran la avidez de sus lectores. Así, su tesis sobre la **España que conquistó al Nuevo Mundo**, por ejemplo, es un trabajo pionero en la teoría social latinoamericana. Cuando se mira una vida así, en el que el trabajo permanente no merma la combatividad y la militancia se sostiene, como en Puiggrós hasta los 74 años de edad, uno se pregunta de dónde sacan estos hombres esa fuerza, esa resistencia para permanecer en la trincheira.